

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

II

La Novela Semanal Cinematográfica



El Caid

por
RODOLFO VALENTINO
— 1 —
AGNES AYRES

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 44234

EL CAID

Delicioso poema de amor en las cálidas
tierras africanas

REPARTO:

El caid Ahmed - Ben-Hassen	Rodolfo Valentino
Lady Diana Mayo	Agnes Ayres
Sir Aubrey	FRANK BUTLER
Mustafá Ali	CHARLES BRINDLEY
Gastón	LUDEN LITTLEFIELD
Hadi de St. Hubert	Adolphe Menjou
Imar	RALPH LONG

PRODUCCIÓN

PARAMOUNT

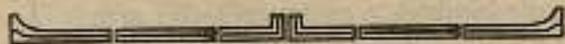
Exclusiva ESPECIAL de

SELECCINE, S. A.

QUBIDA LA
REPRODUCCION

REVISADO POR
LA CENSURA

IMPRESA VICTOIRE. BARCELONA



EL CAID

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Bajo las luces del crepúsculo que tienen de color de fuego la extensa planicie del Sahara, los fanáticos de la religión islamita entonaban sus cánticos y sus viejas oraciones del Corán. Extendidos los brazos en dirección a la Meca, sollozaban las plegarias y el salmo glorioso hacia su Dios.

Un estremecimiento de fe parecía palpar en aquellas almas, escondidas a la luz de la civilización. Cuando terminó la oración del atardecer, los hombres, envueltos en sus oscuras chilabas, preparáronse para una ceremonia tradicional, nacida en el corazón de las costumbres antiguas.

En aquella árida extensión del desierto, descansaba un jardín de palmas del Sahara, un

oasis bienhechor en las solitarias arenas. Algunas palmeras, esbeltas como cuerpos de mujer, movían lentamente sus brazos, cual al compás de una danza mora. El agua, teñida de sangre por el desgarrador ocaso del sol, saltaba con su canto fresco y dulce. Los moros, resistiéndose a aceptar las normas de la civilización europea, comenzaban el mercado de doncellas, destinadas a ser encerradas en los harenes. Esa vieja costumbre proveía de esposas a los más acaudalados mahometanos.

Las mujeres, condenadas al aburrimiento eterno de los serrallos, formaban en grupo, atemorizadas y pálidas, la mirada llena de resignación. Era su destino, crecer junto a una madre sucia y cruel, y, a la edad en que la juventud derramaba sus dones sobre ellas, ser vendidas al primer mercader que encontrara apetecible su fresco cuerpo primavera.

Presidía aquella venta de esclavos, el Caid más poderoso de todo el país: Amed-Ben-Hassan. Era éste un joven de ojos ardientes como el sol africano, la tez morena y suave, y en la sonrisa, algo tentador y enigmático. Su prestigio era tal, que aquellos pequeños soberanos de las tierras vecinas le reconocían como al sultán indiscutible.

Las doncellas eran presentadas, una a una, ante el grupo de mercaderes para que éstos pudieran aquilatar y comparar como joyas, aquel género de lujo.

Zilah, una de las doncellas de más alto precio, iba a ser vendida a un poderoso mahome-

tano que en su palacio oriental encerraba ya una colección seductora de mujeres. Pero el jefe de una tribu protestó de la venta de su amada:



...el Caid más poderoso de todo el país:
Amed-Ben-Hassan.

—Amed. Esta mujer es toda mía. Si la pierdo, la vida será para mí tan fastidiosa,

que buscaré el olvido en el más allá. Permítame, señor, que te ofrezca todo el oro de mis arcas, pero no me dejes sin Zilah.

El Caid contempló un momento a su fiel guerrero Yusuf que jamás tembló en la impetuosidad de la guerra, y que ahora parecía llorar implorando el amor de aquella pálida mujer morena. Y le contestó con su voz melódica y dulce:

—Cuando se desea más el amor que la riqueza, es porque Alá lo quiere, Zilah quedará contigo. Mercader, escoge otra esposa.

Y Zilah, con los ojos negros y agradecidos, fué a colocarse, de nuevo, bajo la protección de Yusuf. Y el mercader buscó otra esclava entre el sin fin de víctimas del rebaño.

Cuando terminó la venta de las hurfes del desierto, emprendieron los moros el regreso hacia sus tierras. Las doncellas iban camino de los harenes de los mercaderes ricos, destinadas a obedecer y servir como esclavas. Se había puesto el sol; sobre el desierto comenzaba a flotar la mancha oscura de la noche y las mujeres asomaban la cabeza por postre-
ra vez para dar el último adiós a la libertad. Toda su juventud, toda su vida, no les pertenecía en adelante. Era de aquellos a quienes deberían dar amor a cambio de joyas, de túnicas suntuosas, de perfumes elaborados por misteriosos alquimistas, contempladas como reliquias de lujo, pero eternamente presas en las tristes soledades de los harenes.

El caid Amen-Ben-Hassan, con su escolta,

jinete en brioso caballo, emprendió rápido galope hacia Biskra, la ciudad hermosa, portal del desierto sin fin...



En Biskra, la nueva civilización se confunde con la antigua.

Junto a las tiendas misteriosas, a las castichas refugio de los árabes, triunfaban los modernos hoteles y los Casinos de rectas líneas al estilo europeo. Una tarde, en una de las salitas del Gran Casino Monte-Carlo del Sa-

hara, dos damas inglesas hablaban con el lenguaje eterno de la murmuración. Una de ellas, esposa de un alto jefe del ejército, decía:

—¿Va usted al baile de despedida que dará esta noche Diana Mayo a sus amigos?

—No. Desapruebo por completo los desequilibrados proyectos de esa muchacha sin seso.

—Diana Mayo se propone internarse sola en el desierto, sin más compañía que los guías y camelleros árabes.

—Es preciso que los ingleses logremos quitarnos la fama de exóticos que tenemos en el extranjero. Lo que esa muchacha se propone es una verdadera locura.

—Tiene usted razón. Pero no valen consejos ni advertencias.

—Su hermano debería evitar eso...

Continuaron las dos damas su conversación contra lady Diana Mayo, huérfana de un Par de Inglaterra. Espíritu aventurero, esa joven, dispuesta siempre a emprender las más arriesgadas empresas, había venido expresamente de Europa para vivir la existencia misteriosa de Africa. Viendo que en Biskra nada ocurría que diera sobresalto a su corazón, iba a emprender un viaje por el desierto, esperando ser más afortunada. Sir Aubrey, su hermano, no podía dominar los impulsos aventureros de la joven. Era Diana una inglesa acostumbrada a realizar su eterna voluntad, sin que jamás hubiese encontrado una dificultad en su camino.

Mientras las señoras británicas comentaban

en términos desfavorables esa conducta, Diana, con su hermano Aubrey, daba a Mustafá Alé, el guía en su expedición por el desierto, sus últimas instrucciones.

En vano Aubrey pretendía hacerla desistir de su descabellado proyecto:

—Sigue mis consejos, Diana, y no cometas locuras. O, a lo menos, permite que te acompañe...

—Estoy completamente decidida, hermano. No quiero que vengas conmigo. Pienso experimentar la emoción de hallarme sola y entre gentes de raza distinta. Ten la seguridad de que nada ha de ocurrirme.

Aubrey hizo un gesto de duda, de desaliento. ¿Cómo obligar a aquella muchacha a que no se lanzara por el mar alborotado de la temeridad?

—Bueno, Mustafá-Alé—continuó ella—. Mañana a mediodía partiremos. Que todo esté preparado.

—Señora, no quedará usted descontenta de mis camelleros.

Los dos hermanos se dirigieron al hotel. Por la noche, se celebraba en el Casino el baile de despedida que daba Diana Mayo a sus amistades.

Con motivo de la fiesta, todo lo que representaba y valía algo en la ciudad, congregóse en Monte-Carlo. Oficiales franceses con sus uniformes grises del desierto, bailaban con lindas compatriotas suyas, o mujeres de otros países que recorrían el mundo en viaje de pla-

cer. Diana, vestida ricamente, doblemente hermosa bajo la fascinación de las luces artificiales, triunfaba en el espléndido lujo de los salones... Era la heroína de la fiesta, cuyo valor era comentado y admirado por sus ami-



—Mañana a mediodía partiremos. Que todo esté preparado.

gos... Un muchacho que había pasado casi toda su vida en la ciudad colonial, se acercó a Diana y le declaró el amor que sentía por ella desde que la viera llegar.

—Te amo, Diana. Aplaza el viaje y permíteme que te acompañe...

Una sonrisa de desdén dibujóse en el rostro de Diana, que respondió:

—El matrimonio es sinónimo de esclavitud. El fin de mi adorada independencia. Estoy satisfecha de esta vida...

Y sin hacerle el menor caso, ni permitir que el otro continuara con sus eternas lamentaciones de desdeñado, trabó conversación con un militar francés, a tiempo que algo sensacional parecía ocurrir en el salón.

El caid Amed-Ben-Hassan y sus hombres, que habían regresado del desierto, se reunían aquella noche en uno de los salones del Casino para celebrar un festival a la usanza mora. Los invitados de Diana abrieron paso a ese grupo de árabes que miraban con orgullo a aquella civilización occidental que en el fondo odiaban cordialmente. Para dirigirse a las estancias que les habían reservado tenían que pasar por allí.

Diana contempló con curiosidad a esos árabes ensombrecidos por el cálido sol del desierto, limpios y sonrientes, que parecían esparcir el aroma de su juventud varonil y guerrera. El caid Amed paróse ante Diana, y sorprendido acaso por su belleza rubia o por el gesto de altivez que se pintó en los labios de la joven, la contempló con una de aquellas hondas miradas de sus sombríos ojos, relámpagos negros de irisaciones temblorosas. Lue-

go prosiguió su marcha envuelto en su magnífica capa oscura.

—Es el gran caid Amed-Ben-Hassan—dijo el militar—. Esta noche da una recepeión a sus amigos...

—¡Ah! pues yo quiero ver la fiesta—contestó Diana, siempre audaz.

—Va usted a recibir una decepeión. Sólo a los descendientes de Mahoma se les permite la entrada...

—¿Y por qué no a nosotros? ¿Es que les estorbamos? ¿Por qué hemos de permitir que ese salvaje nos impida entrar en un lugar público?

—El caid Amed no es ningún salvaje, señorita. Es un acaudalado Príncipe que recibió su educación en París. En Biskra su menor deseo es ley.

—Pues yo me las arreglaré para asistir a la fiesta...

—Dudo que lo consiga.

Diana, despidiéndose del oficial, dirigióse hacia el lugar donde se celebraba la fiesta árabe, que había comenzado ya, a juzgar por las músicas lentas y cálidas que llegaban a sus oídos. En una de las salitas destinadas a los europeos, una danzarina bailaba con traje de odaliscas, a los acordes de un ritmo sensual. Diana tuvo el pensamiento de apoderarse de este vestido y con tal disfraz penetrar en la fiesta mora.

El Casino comunicaba interiormente con el hotel donde residía Diana. La muchacha subió

a su habitación, y llamando a su camarera, le ordenó:

—Cuando haya terminado la danzarina, vaya a verla y pregúntele si puede prestarme uno de sus trajes para esta noche.

Mientras la criada cumplía su encargo, Diana saboreaba de antemano la felicidad de aquella nueva e imprevista aventura. Estaba intrigada por descubrir el misterio que encerraba la fiesta oriental en la que no se permitía la entrada a ningún europeo, y quería vivir unas horas bajo el ambiente perfumado y nostálgico del alma soñadora del Oriente.

Poco después llegaba la propia danzarina con la camarera.

—¿Qué traje desea usted, señora?

—Este mismo que lleva usted puesta. Tenga una sortija en su pago...

—Voy a despojarme de él...

Lo hizo en breves minutos y Diana, a su vez, dejó sus vestidos europeos para colocarse aquellas prendas de tules y piedras preciosas, pantalones de odaliscas, la faja de seda sobre el vientre, brazaletes y ajorcas que aprisionaban las piernas y los largos brazos serpentinos.

Disfrazada así y sin que nadie se hubiera apercebido de su ausencia, marchó hacia los salones donde tenía lugar la fiesta árabe.

En verdad, los moros de Amed-Ben-Hassan se divertían de manera semejante a los hijos de la vieja Europa. Algunos árabes formaban corro junto a la mesa de ruleta y exponían

sobre el verde tapete los billetes de Banco extranjeros. Pero otros, en una sala que tenía algo de misterioso e íntimo, sentados en el suelo, junto a las paredes tapizadas, o reclinados en blandos almohadones de Damasco, parecían vivir una de las páginas de las Mil y una noches, bajo las maravillosas lámparas de plata que encendían con una luz rosada el pabellón. Dos pebeteros esparcían de continuo la esencia de las voluptuosas pastillas de ámbar... En el centro, sobre una mullida y tibia alfombra persa, una danzarina evocaba con sus giros el poder de una actitud amorosa...

—¡Oh, hijos de Alá! ¡Contemplad a Halima, la más bella flor del desierto!

Y Halima danzaba, un velo anudado a la cintura, danzaba sin parar, sonriendo a los caballeros árabes que asistían a la fiesta acompañados por la figura simpática y audaz del caid Amed Ben-Hassan.

Diana, con su disfraz de mora, llegó ante la puerta. Dos guardianes, con sus anchas gomas desenvainadas, impedían la entrada. Pero Halima era tan atrayente, tan seductora, y sus giros voluptuosos evocaban tantas escenas de escalofrío en el alma sencilla de los dos soldados que, inconscientemente, éstos abandonaron la puerta confiada a su custodia para adentrarse en el salón y contemplar de cerca la maravillosa sultana que les hacía pensar en el amor. Diana aprovechó esta coyuntura para introducirse a su vez en la estancia, y deslizándose con sus pies desnudos por las ri-

cas alfombras, fué a sentarse junto a las otras mujeres que esperaban el momento de lucir las habilidades de su arte. Un velo blanco ocultaba sus facciones, dejando ver únicamente los grandes ojos de color azul, como dos estrellas teñidas.

Cuando Halima terminó su danza, uno de los árabes dirigióse al grupo de mujeres para escoger la que debía seguir en turno. Diana, instintivamente, retrocedió, y en sus ojos brilló la sorpresa. El moro, contemplándola con curiosidad y extrañado de que aquella mujer que parecía forastera, estuviere allí, la llevó a presencia del Caid.

Diana aparecía serena ante ese árabe poderoso que la miraba con una sonrisa. Amed la acarició y dijo a sus amigos:

—Sus manos tienen la palidez, y su cabello, el color dorado de las mujeres de Occidente.

Quitóle el velo, y despojándola del alboroz, admiró su traje de sultana. Pero descubriendo al propio tiempo que aquella mujer no pertenecía a su raza, le dijo con severidad:

—¿Quién la invitó a usted a esta fiesta?

Los árabes prestaban atención a la insólita escena que venía a turbar la paz feliz de que gozaban. Entre ellos se encontraba Mustafá Alé, el guía que debía acompañar a Diana por el desierto.

Diana, altiva y soberbia, empuñando un revólver, respondió desafiando la mirada del Caid:

—Tenía grandes deseos de conocer al salvaje que me prohibía la entrada.

Amod dejó de sonreír y por un momento pasó sobre su frente la amenaza de algo terrible. Pero serenóse, divertido por la audacia de aquella mujer que estaba prisionera, junto a él, bajo su capricho.

—Pues con su permiso—le dijo—esta salvaje la acompañaré a usted hasta la puerta.

—Es que yo hubiera deseado presenciar la fiesta...

—No es usted hija de Alá, no comulga en nuestra religión... Voy a acompañarla.

Y cogiéndola por la mano, con una gallardía y una gentileza que hubiera envidiado un caballero versallesco, la condujo hasta la puerta, y al llegar allí, con la misma sonrisa de ironía, se inclinó reverente, y la dejó partir. Los árabes sonrieron también ante el espíritu de galanía del Caid, gran señor que lo mismo mandaba cortar una cabeza que era como un niño ante una mujer joven e inconsciente.

Diana, avergonzada de que de tal manera hubiera acabado su famosa aventura, retiróse a su habitación para despojarse de sus ropas. No quería volver a la fiesta organizada por ella y mandó un recado pretextando que no se encontraba bien.

El Caid pareció seguir con los ojos el paso de aquella mujer europea y lanzó un largo suspiro. Mustafá Alé, acercándose respetuosamente, le informó:

—Es la mujer inglesa a quien tengo que acompañar al desierto mañana.

—¡Ah!... Has de contarme...

Y fueron los dos, y hablaron, mientras otras danzadoras, sobre la alfombra, movían sus cuerpos menudos al ritmo sensual de la música sagrada de la raza...



Al amanecer, cuando el sol comenzaba a dorar las blancas callejuelas de Biskra, el caid

Amed-Ben-Hassan detuvo su caballo ante el hotel. Encaramóse por la pared, ganó el balcón abierto y entró pausadamente en la habitación donde dormía la deliciosa Diana Mayo.

La muchacha reposaba suavemente y el Caíd la miró con la emoción que produce la belleza. Luego, dirigiéndose a la mesa donde ella tenía su revólver cargado, arrancó los casquillos de las balas, volviendo a colocar éstas, ya inútiles para el fuego, en su lugar. Tenía concertado un proyecto muy a la mahometana... Como Diana pareciera agitarse en el lecho, Amed saltó prestamente por el balcón, después de haber realizado lo que se proponía, mientras cantaba esta canción aprendida en las largas noches del desierto:

Manos pálidas que yo adoro...

¿Dónde estáis que no os veo?

¿Qué mal oculta vuestro hechizo?

La canción despertó a Diana. Asombrada, pareció escuchar el eco de algo armonioso y divino, como una música de ángeles.

El Caíd, montando en su caballo, emprendió rápida carrera. Cuando Diana asomóse al balcón que dejaba siempre abierto por los rigores de la temperatura, ya Amed había partido. Ella quedó sin descubrir si era realidad o sueño el dulce canto. Y comenzó a prepararse para la dura jornada de aquel día. Iba a marchar al desierto.

A mediodía, salió la expedición. Diana, vestida de amazona, y su hermano Aubrey, que la acompañaría hasta la entrada del desierto,

subieron a sus caballos, junto con Mustafá Alé, el guía que bajo su faz morena sonreía como si ocultase un misterio. Les seguía una caravana de camellos, cargados de provisiones.

Salieron de la ciudad. Aubrey insistía en disuadir a su hermana del intento.

—Tengo el presentimiento de que te va a ocurrir algo. ¿Por qué no dejas que vaya contigo?

—No te preocupes, Aubrey. Dentro de un mes nos veremos en Londres...

—Diana, sé prudente...

—¿Por qué temes? ¿No me ves a mí, animosa y decidida? Adiós, Aubrey, hasta pronto...

—Diana... adiós... adiós...

Aubrey emprendió el regreso, triste y meditabundo, bajo el ardiente sol de aquel mar de arena. Diana, libre y feliz, espoleando su caballo, emprendió rápido galope, seguida del guía y los camelleros.

Su propósito era permanecer algunos días en el desierto, y, por las noches, levantar tiendas sobre la arena dormida y reposar bajo la infinita luz de las estrellas, en el silencio enorme de la planicie.

El caid Amed-Ben-Hassan, desde lejos, con unos prismáticos de campaña, observaba el avance de Diana y los suyos. Mustafá Alé le había orientado bien. Dentro de poco tendría en su poder a aquella enigmática joven europea.

Cuando Diana estuvo cerca de los hombres del Caid, se apercibió de que una nube de jinetes blancos parecía correr en su persecución.

—Alé, vienen por nosotros — dijo roja de



El caid Amed-Ben-Hassan observaba el avance de Diana y los suyos.

emoión...

Y saltaba sobre su bestia árabe, pretendiendo huir de aquel ejército formado probable-

mente por bandidos. Pero los hombres del Caid se extendieron como el varillaje de un inmenso abanico. Estaban ya cerca, casi sobre ellos. Diana disparó varias veces contra sus perseguidores, pero sus balas, descargadas, no causaban el menor daño. En la desenfrenada huida, dejó caer el revólver sobre la arena, y Amed, desde su caballo, lo recogió, guardándolo con ademán triunfador.

¡Ah! El Caid sonreía ante aquella persecución que tenía todas las bellezas de la caza. Diana, como una gacela acorralada, seguía su frenética huida. Pero Amed, llegando junto a la muchacha, de un violento abrazo la arrebató de su caballo, llevándola hacia el suyo y sentándola en su propia silla. ¡Ya era suya, ya tenía en sus brazos aquel cuerpo de mujer!...

Los soldados levantaron los largos fusiles en señal de júbilo. ¡La mujer blanca era ya prisionera!... ¡Loor al Caid!... Mustafá Alé sonreía complacido de que todo hubiera ido tan bien. Diana, en el regazo de Amed, pugna por librarse de los brazos de aquel hombre. Una sorpresa terrible se reflejó en su rostro al reconocer al moro de la noche anterior... Quiso desprenderse de él y huir... Pero Amed, cogiéndola brutalmente, le dijo:

—¡Estáte quieta! ¡No seas loca!...

Diana, loca de terror, sintióse desvanecer... Y casi sin alientos, continuó junto a aquel hombre que sonreía... El caballo galopaba sobre la arena, y el sol, que comenzaba a decli-

nar, bañaba con caprichosas flores como violetas, la extensión sin fin del desierto...



Algo más tarde, ya en pleno crepúsculo, llegaba la caravana hacia el oasis donde tenía levantada sus tiendas el poderoso caid Amed.

Desalentada por el rapto, Diana descendió del caballo, penetrando en una de las estancias de Amed, seguida de éste, que sonreía

con el aire del que es señor de vidas y haciendas.

La mujer que alardeaba de su libertad, se encontraba ahora cautiva en medio de las vastas soledades del desierto. ¡Ay! de qué manera estúpida había terminado aquello. Diana quería huir y balbuceaba palabras incoherentes.

Amed, al entrar en la tienda, saludó a su criado francés, Gastón, al servicio del Caid árabe desde que éste estudió en Francia.

Luego, habiendo salido el criado, Amed quedó solo con la cautiva, y ésta, enloquecida de desesperación, preguntó con altivo acento:

—¿Por qué me ha traído usted aquí?

Una sonrisa de sarcasmo se dibujó en los suaves labios del árabe.

—¿Será posible que tu fino talento de mujer no te lo explique?

—Ignore qué se propone usted...

—¿Sabes que eres muy bonita?—dijo acercándose con temblorosa voz.

Ella quiso besar pero Diana apartó las manos audaces que pretendían atraerla.

—No permito que me toquen.

—No tengo costumbre de que desobedezcan mis órdenes, señorita...

—Y yo tampoco estoy acostumbrada a recibirlos—replicó, llena de orgullo.

—Ya te acostumbrarás...—dijo el Caid con una terrible sonrisa.

—Déjeme usted salir... por favor... tengá compasión...

—No supliques porque todo es inútil... ¡Qué hermosa eres!... Pareces un muchacho con este traje, pero no es un muchacho lo que yo vi una noche en Biskra.

La miraba codicioso. Ella, con su traje de amazona, asustada y pálida, temía la agresión brutal de los instintos de aquel hombre.

—¿Es que se propone usted tenerme cautiva?—preguntó.

—Eres demasiado bonita para que te deje en libertad. Vales mucho... No comeré tal disparate... Tu equipaje está aquí. Te vestirás para la cena...

Llamó a una de sus esclavas y ordenó:

—Procure que se proporcione a la señorita cuantas comodidades necesite y ocúpese de su equipaje inmediatamente.

Y salió de la tienda, después de haber dado una mirada de amor a Diana que se dejó caer en un diván con el mayor desconsuelo.

La esclava se acercó a la joven y le dijo:

—Hablo francés, señora. Y por orden de mi amo y señor, estoy al servicio de usted.

Ella rompió a llorar con la tristeza de las cosas irremediables. La muchacha la despojó de su vestido de amazona para ponerle un traje muy femenino que realzaba su simpática belleza de mujer británica. Diana paseó sus ojos por la tienda. Reinaba en ella un lujo soberbio, llena de almohadones y cortinajes que alegraban la vista con la sinfonía



—Hablo francés, señora. Y por orden de mi amo y señor, estoy al servicio de usted.

de su color... Diana sintió en su corazón una dolorosa duda. ¿Es que iba a permanecer prisionera al lado de aquel hombre? En aquel momento de infortunio, recordó los días plácidos de libertad y maldijo el capricho que le había conducido al desierto.

Pasó una hora de angustia, mientras un horroroso ciclón azotaba las candentes arenas del Sahara. Amed volvió al pabellón y con una sonrisa de hombre que se considera superior y dueño de todas las mujeres de la tierra, exclamó:

—¿Se va acostumbrando mi cautiva a la tienda que le ofrezco?

Ella contestó con su desprecio de mujer europea para quien el árabe es siempre un inferior:

—¿Cree usted que podrá retenerme a su lado cuando mis amigos de Biskra se enteren de mi desgracia?

—Cuando tus amigos se enteren de ello ya será tarde para tu rescata, porque nadie conocerá tu paradero.

—¡Oh! ¡No podrá usted escapar a la justicia!

—El desierto ofrece ancho campo para ocultarse, Diana.

La muchacha, enloquecida ante la imposibilidad del árabe, levantó uno de los cortinajes de la tienda y salió al exterior. El ciclón soplaba levantando verdaderas olas de arena. Rugía el desierto como un monstruo que tuviera hambre... Aquella masa de polvo

le cegaba los ojos. Pero Amed, que había ido tras ella, la obligó a entrar nuevamente.

—Te aconsejo que no salgas porque la tempestad de arena te tragaría si lo hicieras.

—¡Oh! ¡Yo quisiera morir!



—Te aconsejo que no salgas porque la tempestad de arena te tragaría si lo hicieras.

—Tú no has nacido para morir, Diana... Tú has nacido para el amor... para mi amor... ¿entiendes?

Una fiebre sensual, ardorosa, corría por sus venas, obligándole a dominar a aquella infeliz y orgullosa mujer que en Biskra le había insultado, llamándole "salvaje". Sería suya como la última esclava del harén... Pero el criado Gastón, entrando en la estancia, murmuró al Caid:

—Señor, los caballos se escapan...

El Caid, ante aquella noticia, resignóse a abandonar a Diana y salió en persecución de los animales que huían... Cubierto con un amplio albornoz, siguió a Gastón, mientras la joven, horrorizada por el presentimiento de que aquel hombre la haría suya, se arrojaba ante un diván, dejándose caer, inerte y desolada.

Media hora más tarde, Amed Ben-Hassan regresaba de nuevo, dominados todos los corceles. El aroma de la tienda, donde los pebetesos esparcían su aroma tentador, le conturbó, después del frío pasado en el desierto. Ante aquella mujer que estaba caída de espaldas en un diván, sintió la fiebre ardorosa de la raza, pronta a las mayores conlucruagueces del amor. Sus ojos se nublaron y sus pálidas manos tuvieron un estremecimiento nervioso. ¡Oh, qué venganza la suya! Aquella Diana, rebekke y altiva, que trataba a los moros con desprecio, sería suya, y bastaba que la dominase con la robustez de sus brazos para que cayera como cosa frágil e inerte bajo su poder. Sintió el deseo de besar sus labios, de probar el fuego que debía

arder en la boca de aquella mujer occidental.

Pero algo misterioso, como un malestar repentino, detuvo a Amed. Como si de pronto se arrepintiese de su conducta, cambió la expresión de su rostro, sonrió con aire de resignación, y después de contemplar con serenidad a la cautiva, con paso silencioso abandonó la tienda. Ella dormía con el sueño inquieto de los desesperados... Quizás la educación recibida en Francia por el Caid, el respeto que los hombres de Occidente sienten hacia el honor de la mujer, había sido oportunamente evocado por el árabe, que de esta manera la libraba de su brutalidad de hombre impetuoso.

Confusos pensamientos agitaron el alma de Diana durante aquella noche triste... A cada momento, veía aparecer el rostro burlón del Caid, sus voraces dientes de lobo y sus ojos de oscuro resplandor... Al fin amaneció... El sol filtróse entre los cortinajes de labradas sedas para devolver la vida a la muchacha...

La esclava estaba junto a ella, ofrendándole en una bandeja repujada de plata, el desayuno. Diana almorzó, casi maquinalmente. Al ver una rosa que las manos del Caid habían puesto sobre uno de los platos, pareció volver la realidad a su mente, y rompió a llorar con amargura.

La esclava, mostrándole un traje de odulisea, como aquel que por capricho se puso



Pero algo misterioso, como un malestar repentino, detuvo a Amed.

una noche en el Monte-Cario de la ciudad, le dijo:

—Para la señora... De orden de mi amo y señor...

—¿Pero qué se ha creído tu amo? ¿Es que piensa que yo soy su esclava como las que escoge para su harén?... ¿Es que de tal modo se atropella la dignidad de una mujer?

—Nada sé, señora... Aquí el único que manda es el Caid.

¡Maldita suerte! ¡Maldita!... Y Diana tuvo que vestir los trajes árabes y ser una esclava en la misteriosa tienda del poderoso.

Trauscurreió una semana de bosca obediencia. A la anterior desesperación de la muchacha, había sucedido la resignación y el fatalismo propio de las razas de Oriente. ¡Era imposible escapar! Estaba presa en su jaula de oro, como la Princesa que el poeta inmortalizara... Lo tenía todo: trajes, collares, perfumes, comidas opíparas, criados que se desvelaban para atender el menor de sus caprichos. Pero le faltaba la libertad, era como la última esclava del harén.

Diana temió los primeros días por su honra... Pero el Caid la respetaba; desde aquella primera noche no se había permitido el menor atrevimiento; parecía una compañera con la que fuera inútil pensar en el amor... El Caid pasaba mucho tiempo fuera de la tienda... Poco a poco, lentamente, en el alma de Diana nacía un infinito anhelo de curiosidad. ¿Por qué estaba presa?... ¿Qué pretendía de ella aquel hombre, que, por otra parte, era fino y se mostraba con la más exquisita corrección?

—No te violentes por nada—le había ex-



Y Diana tuvo que vestir los trajes árabes y ser una esclava...

plicado—. Cualquier deseo tuyo, cualquier capricho es una ley para ti y mis servidores...

—Sólo quisiera una cosa: libertad.

—Es lo único que no puedo darte...



El Caid pasaba mucho tiempo fuera de la tienda...

—¿Pero es que piensa usted tenerme toda la vida prisionera?

—Tal vez... depende de ti...

Y se marchaba sonriente y misterioso...

El Caid había dejado varios libros a Diana y ella leyó con especial interés una novela titulada "Los Amantes del Sol", escrita por Raúl de Saint Hubert. En su primera página, Diana vio esta dedicatoria:

A mi amigo Amed-Ben-Hossen. Raúl de St. Hubert.

Leyó aquellas páginas con cariño. Aquella novela, palpitante de vida, le hacía olvidar la tristeza de su vida miserable. Devoraba los libros con el frenesí de las mujeres desgraciadas que buscan en sus páginas dolores parecidos a los suyos.

Una mañana, el caid Amed encontrábase sentado frente a la tienda. Acababa de leer una carta que le produjo honda satisfacción.

Estoy contentísimo, amigo mío, porque al fin podré hacerte otra visita en el desierto. Espero con ansiedad el día que nos estrechemos la mano en Biakra. Siempre tuyo. Raúl.

Amed estaba alegre. ¡Tendría cerca a su amigo, al compañero de Francia en las horas de dicha y juventud! Entró en la tienda, cantando una canción de tierna y nostálgica armonía:

Manos pálidas que yo adoro

¿Dónde estáis que no os veo?

¿Qué mal oculta vuestro hechizo?

Diana salió a su encuentro. Aparecía resignada, con el alma muerta. Aquella canción la había oído alguna otra vez... Amed te-

nía el aire de un hombre feliz, satisfocho de la vida.

—Manos pálidas y dedos de color de rosa—dijo acariciando a Diana.

Pero ella, rechazando la mano atrevida, preguntó:

—¿Fué usted quien cantó una noche debajo de mi ventana, en Biskra?

—Sí, fui yo. Cuando me siento feliz, lo demuestro cantando.

—¿Y por qué razones es usted hoy feliz?—preguntó, Diana, intrigada y curiosa, a su pesar.

—Raúl de St. Hubert, mi buen amigo de París, llegará dentro de poco a hacerme una visita. Por esto canto, por esto estoy alegre.

¡Raúl de St. Hubert! ¡El novelista cuya lectura tanta impresión le había causado! ¡Y aquel hombre europeo la vería a ella convertida en una esclava! No, no...

—¿Será usted capaz de traer a su amigo, aquí, y permitir que me vea... de este modo?—dijo Diana, señalando su traje oriental, humilde uniforme de esclava de amor, pero de esclava...

—No tiene nada de particular que te encuentre aquí conmigo, y, cuando llegue mi amigo, es mi deseo que lo trates amablemente, como a un invitado de honor.

Diana inclinó la cabeza. Estaba ya acostumbrada a resignarse... Pero su gesto era tan triste, tan humilde su actitud de mujer esclavizada por el despotismo, que un senti-

miento de bondad llenó el alma del árabe.

—Diana... No quiero que sufras, que estés triste... Voy a devolverte tu traje de europea... Vístete con él... y sé buena para mí...

—¡Oh, gracias, Amed!...

Y por primera vez este nombre pronunciado, pareció establecer entre ellos una especie de intimidad.

El Caid, llamando a su eriado Gastón, le mandó:

—Devuelva usted a la señora todo lo que le pertenece... Parto para Biskra—dijo después a Diana—. Mi ausencia durará tres días. Mientras estoy fuera, quiero que te diviertas; mis caballos están a tu disposición y mi eriado Gastón a tu servicio.

Ella le miró con una sonrisa triste.

—Gastón te entregará la ropa... Yo me voy... Quiero que estés alegre, Diana...

—No sé si estoy más tranquila estando usted cerca de mí o en pleno desierto.

El árabe la contempló fijamente y salió a caballo hacia Biskra, Biskra, que para Diana significaba la libertad, la compañía de los suyos, el mundo en que había vivido siempre... ¡Y tendría ella que permanecer, sola y abandonada, al lado de aquel hombre misterioso que la trataba como a su reina! ¡Oh! ¡No poder huir, no poder librarse de la guardia constante de los ojos que avizoraban!... ¡Libertad! ¡Qué hermosa era mirada desde su tienda lujosa, perdida en el corazón del

desierto!... ¡Más hermosa que el sol, más bella que la vida!..

El caid Amed-Ben había ido a Biskra a buscar a su amigo, el médico y novelista francés Raúl de St. Hubert.

Mientras regresaban al desierto, Amed explicaba a su compañero todos los pormenores del original rapto de la mujer europea.

—Es encantadora, Raúl. Tpn mucho cuidado de que no te hechice.

—¿Es posible que te dediques ahora a raptar mujeres blancas y hacerles el amor como un salvaje?

Amed sonrió, mostrando sus dientes de lobozno, y repuso:

—Los árabes somos un poco salvajes.

Entretanto, habiendo pasado tres días de tenaz aburrimiento, Diana quiso salir a caballo con Gastón, aprovechando la autorización concedida. Era imposible huir; una vigilancia casi invisible, pero constante, seguía sus más pequeños pasos. La ausencia de Amed le producía, sin saber por qué, una especie de intenso malestar. Pero sentíase avergonzada de tener que presentarse ante un europeo, un hombre occidental que podría tratarla a ella, nacida en Inglaterra, con la libertad y la confianza de una esclava.

Salió aquella tarde con Gastón hacia el desierto. El criado era un hombre servicial que llevaba en sus venas la proverbial galantería de su país.

Se habían internado ya algunas leguas en el desierto, cuando Diana, descubriendo, como algo milagroso, unos pequeños arbustos, sonriente a Gastón suplicó:

—Si fuera usted tan amable que quisiera recoger una flor...

—¡Cuántas quiera, oh señorita Diana!

Descendió del caballo, cuyas riendas cogió Diana, y lentamente, hundiendo los pies en la capa de arena, se dirigió hacia aquel mi-

lagro vegetal que crecía entre el blanco desierto.

Entonces la muchacha creyó por un momento que podría huir, libertarse de la constante vigilancia, y espoleando el caballo de Gastón, le obligó a emprender fogosa carrera. Luego, aguijoneando a su vez al suyo, huyó también sin hacer caso de los gritos de Gastón que, pie en tierra, llamaba inútilmente a la señorita.

Diana corría desorientada, sin saber adónde dirigirse, perdida en la inmensidad del desierto. Huía de la opresión en que había vivido bajo el poder del Caid, y la amenazaban nuevos y misteriosos peligros, de índole más delicada.

Su caballo comenzó a alborotarse y dando un salto prodigioso, derribó a la joven, escapando en dirección al lugar donde estaba su compañero. Diana se encontró abandonada y sola, en un país desconocido y áspero.

Al poco rato, vió ante ella, y no era ilusión de espejismo, una caravana, un ejército de moros que avanzaba pausadamente por el desierto.

Era la escolta de un famoso bandido llamado Omair, un facineroso del desierto que se había introducido en los dominios de Amed fingiendo ser el jefe de una caravana santa.

Diana pidió auxilio, llena de terror, ante la soledad que la rodeaba. Los moros, desde lejos, sorprendiéronse al ver aquella mujer blanca y hermosa. Los labios de Omair tem-

blaron ante la presa que se ponía a su alcance.

—Destacad dos hombres y traed a la europea—ordenó.

Observaba con curiosidad a Diana, que, agotadas sus fuerzas, se hubiera entregado a los hombres de Omair, si en aquel preciso momento no llegara el caid Amed al frente de sus huestes en auxilio de la joven.

Omair vaciló un instante ante los enemigos que se le adelantaban. ¿Lucharía por aquella mujer? ¿Iba a ordenar a sus guerreros que cayeran como manada de lobos sobre el ejército de Caid? No. La noche llegaría pronto.

—Retirémonos — mandó—. Alá sea con nosotros...

Y los bandidos de Omair, como si fueran efectivamente una caravana santa, continuaron la jornada cual hombres de paz, consagrados a la oración.

Amed-Ben extrañado al ver a Diana, abandonada y solitaria en mitad del desierto, preguntó:

—¿Dónde está Gastón?... ¿Qué haces aquí sola?

—No tuve valor para esperar al extranjero... Por favor, Amed... No sea cruel conmigo...

—Si hubiese llegado un momento más tarde, estarías cautiva en aquella caravana, lejos de mí. No cometas imprudencias.

Diana le contempló vacilante, como si en

su alma triunfara la alegría del encuentro.
—Ven. Quiero presentarte a mi amigo St. Hubert.

Se acercó a ellos el novelista, y el Caid dijo:



¿Dónde está Gastón?... ¿Qué haces aquí sola?

—El Dr. Raúl St. Hubert... La señorita Diana Mayo...

El escritor miró a la linda joven, de fac-

ciones finas y perfectas que evocaban una raza aristocrática y superior. Diana agradeció con una sonrisa la correcta presentación del Caid, que no la había humillado tildándola de esclava.

—Mi amigo Amed me había dicho que era usted hermosa, pero me parecen pálidos sus elogios—exclamó Raúl, inclinándose profundamente...

Ella calló. Tal vez por un momento, al escuchar la galantería, pensó en las reuniones de sus días de libertad, en los hombres simpáticos de Europa.

La voz de Amed la distrajo de sus pensamientos.

—Vámonos, Raúl. La noche se nos echa encima y es necesario partir. Guarda tus galanterías para otra ocasión...

Y montando a caballo, seguidos de su escolta, emprendieron todos el camino hacia el campamento del Caid. A poco encontraban al criado Gastón, que, muerto de fatiga, rondaba perdido por el desierto.

—¡Oh, señor! Las cosas que han ocurrido... Vuestra cautiva...

—¡Calla!—le ordenó Amed con una mirada terrible.

Y siguieron todos su marcha, mientras en el cielo sereno del desierto, las estrellas ponían sus pinecladas de luz...

Cuando llegaron a la tienda, Diana, atendiendo a una indicación de Amed—¡oh, qué poder fascinador ejercía este hombre sobre

ella!—cambió su traje de amazona por un riquísimo vestido de terciopelo.

La comida transcurrió plácida y serena como si en el corazón de los comensales no palpitará el misterio de algo trágico. Hablaron de viajes, de tierras lejanas, de aventuras vividas por el Caid. Ni una sola vez se se aludió para nada a la especial situación de la joven.

Durante la comida, St. Hubert se reveló como un perfecto caballero y hombre de tacto. Pero en su alma de hidalgo francés anidaba la protesta contra aquella injusta cautividad. Diana, una vez tomado el café, levantándose con la timidez que había sucedido a la arrogancia de otros días, suplicó:

—Si ustedes me lo permiten, me retiraré...

—Puedes marcharte, Diana... Buenas noches...

Se inclinó como pudiera haberlo hecho en el más elegante salón, retirándose a su aposento.

—¿No hubiera sido más prudente evitarle esta humillación?—preguntó Raúl con voz alterada, al Caid.

—¿A qué te refieres?

—A mi presencia. ¡A la humillación de presentarse ante un hombre de su misma clase!

—¡Bah! ¡Ella esté contenta!—exclamó el Caid, después de un momento de silencio—. Ha variado mucho su carácter... De arisca y esquivá que era en los primeros días, la

he vuelto tímida como una gacela... ¡Ay! ¡Estoy seguro que acabará por amarme!...

—Lo que haces no está ni medio bien, Amed. ¿Sabes que ésto, en Europa, es castigado con el presidio?... Nuestras leyes peñan el rapto con gran severidad.

—¿Vuestras leyes! ¡Pero yo nada tengo que ver con vuestras leyes!... Ahora vivimos en Oriente y no hay otro poder que mi capricho...

En días sucesivos, Hubert y Diana sentíanse atraídos por su misma sangre occidental. La permanencia del novelista en el desierto, al ludo de la cautiva, provocó un intercambio de ideas entre ellos.

Raúl leyó a Diana su última novela, escrita en aquellos días, bajo la inspiración de la aventura que presenciaba. Después de haber escuchado con atención aquellos largos capítulos, Diana, moviendo la cabeza, exclamó:

—Su novela es admirable, pero no es real.

—¿Por qué?

—No es posible que pueda escuchar los dictados del deber un hombre dominado por una pasión tan violenta como su héroe.

Pero Raúl, sonriente, le contestó:

—No lejos de usted vive un hombre que, a pesar de ser casi un salvaje y de haber raptado a usted, ha sabido conducirse como no lo hubieran hecho muchos hombres civilizados...

—Es cierto—contestó Diana, serenamen-

te—. Pero el protagonista de su novela, sabe ser abnegado y héroe y reparar el daño que hizo... y Amed sería incapaz de dejarme partir...

¡Pobre mujer! ¡Una infinita compasión llenó el alma de Raúl!... Y respondió con una sonrisa que intentaba ocultar su fondo triste:

—¿Quién sabe si esta aventura servirá para convencer a usted de que mis novelas son más realistas de lo que usted supone!

—Sería un experimento demasiado peligroso.

—En fin, perdóneme. Supongo que mis ideas no interesarán a usted.

—Al contrario, me interesan mucho.

—Me enorgullece usted, Diana.

—Pero... ¿y si fracasaran sus ideas sobre la nobleza de sus héroes?

—Tiene usted razón. ¡Pobre Diana! ¡La compadezco!

—Mi situación es cruel, Raúl. Lo tengo todo, al parecer, y ese Amed siempre sonriente, siempre amable... ¡Yo no sé lo que ocurre por mi alma...!

El Caid había entrado en la tienda y escuchaba sin ser visto, oculto tras unos cortinajes, el diálogo.

—¿Daría mi vida por proteger a usted!— dijo Raúl, verdaderamente emocionado y acariciando la mano de la joven.

El Caid frunció el ceño. ¿Es que iban a traicionarle?

En aquel instante, entró despavorido en la

tienda, Gastón, quien, con voz temblorosa, dirigiéndose a Raúl, le dijo:

—¡Pronto, Doctor!... Se trata de un terrible accidente...

Diana palideció, y, sin poder sofocar el grito que vibraba en lo más hondo de sus entrañas, exclamó:

—¡Amed!

Temía que estuviese herido. Y en aquel momento sublime se daba cuenta de que las atenciones del árabe habían esclavizado su corazón. Una pregunta terrible se asomaba a sus labios. ¿Amed?

—El arma estalló en la mano de uno de los hombres— aclaró Gastón.

—No se preocupe, señorita— dijo el médico disponiéndose a salir—. No será nada...

Diana se tranquilizó. ¡No era Amed el herido! ¡Oh, gracias, Dios! Y Amed, emocionado, sintiendo que el grito lanzado por Diana era el secreto de aquel corazón, saliendo de su escondite, se acercó a la muchacha y la miró con ojos llenos de alegría... Y rompió a cantar su vieja canción de cuando estaba alegre:

Manos pálidas que yo adoro

¿Dónde estáis que no os veo?...

Y ella le miraba con la admiración y el éxtasis que causan los ídolos...

En el harén de Omair, preguntaba éste a uno de sus hombres:

—¿Sabes algo de esa cautiva blanca de Amed-Ben-Hassan?... ¿Quiero que averigües si está bien guardada. Y me avisas...

El otro prometió hacerlo, pero sorprendido por los hombres del Caid, fué detenido y azotado.

Amed estaba alegre, jovial, con una alegría nueva en su corazón. Era feliz porque le parecía que su cautiva comenzaba a quererle... Ahora bendecía a Alá que le inspiró dejar sus propósitos brutales para conquistar a la europea con el afecto y la ternura. Sería suya... no como una esclava... sino como su reina.

—Hoy no puedo salir a caballo—dijo a Diana—. Gastón te acompañará... Supongo que no volverás a escaparte...

—No, Amed...

El Caid, dándole una muestra de confianza, le devolvió el revólver que le había quitado el día del rapto, y le dijo:

—Quiero que lleves siempre el revólver... Los espías de Omair andan por aquí. Hay que prevenirse...

—Gracias... Amed...

Ella salió con Gastón a dar una vuelta por el desierto, y acompañada de una pequeña escolta...

Amed, después de haberse despedido de la gentil prisionera, se acercó al novelista. Este, recordando la escena de la noche anterior, le interrogó:

—¿Sigues teniendo los mismos planes acerca de esa señorita?...

—Los mismos, Raúl. He de guardarla mucho. Sé de otros hombres que la pretenden...

—¿Es posible?

—Sí. Mira aquel grupo. ¿Ves un hombre atado a unos barrotes? Es un espía del bandido Omair. La he de defender contra todos.

—Razón de más para devolverla a los suyos, Amed. Cuando regrese a Biskra, me la llevaré conmigo...

—¿También a ti te ha embrujado?... ¿La quieres para ti solo?—contestó el Caid, con el fuego oculto que arde en el espíritu de los árabes.



—Quiero que lleves siempre el revólver...
Los espías de Omair andan por aquí.

—No, Amed. ¿Pero no comprendes que estás perpetrando un delito?... ¡Déjala libre! Ayer me suplicaba y daba tristeza verla...

El Caid pareció reconcentrarse en íntimos pensamientos y luego contestó mirando al Cielo:

—Cuánto la he hecho sufrir, ¡oh bondadoso Alá!... ¿Por qué sus sufrimientos me han hecho tanto daño?

—Porque la amas. Y por ese mismo amor que sientes por ella, debes dejarla libre... Acuérdate de tu vida, de la civilización que aprendiste en Europa... Déjala partir...

—¿Y si ella me amase?

—Ella no puede amar a su carcelero... ¡No seas cruel!...

Amed guardó silencio. ¡Oh, Alá! ¿Qué había hecho?

—Tienes razón—contestó al cabo de unos minutos—. No debo volver a verla... Acompáñala a Biskra... despídeme de ella... Y después, amigo mío, regresa a estas soledades.

—¡Amed! Al fin te reconozco... Al fin vuelves a ser el noble corazón que siempre conocí...

—Siento que mi vida será en adelante un martirio... Buscaré la muerte... la última paz...

Mientras los dos amigos platicaban, Diana y Gastón corrían sobre sus caballos por las ondulantes arenas del desierto. Después, se apearon, y, tumbados en el suelo, gozaban del fresco airecillo del atardecer. Diana, distraída con

su junquillo, había trazado sobre la arena estas palabras:

Amed. Te amo.

Sí, palpitaba en su corazón este sentimiento por el árabe. Había acabado por enamorarse de él. ¡Oh, el Caíd!... ¡Primero la hizo prisionera, pero ahora había cautivado su corazón!... ¡Amed era su único pensamiento, y sentía la añoranza de aquel hombre, tan pulcro y fino, mezcla de civilizado y salvaje, que había logrado hacerse amar! Ya no pensaba en los suyos, sino en ser esclava de Amed.

Los hombres de Omair rondaban por las cercanías y el árabe ladrón, al descubrir casi indefensa y sola a la encantadora joven, dió orden de que se apoderasen de ella.

Diana vió venir a los miserables y se dispuso a defenderse. La escolta que acompañaba a la muchacha disparó sus fusiles contra los jinetes de Omair, pero éstos estrecharon el cerco...

Diana y Gastón, sobre la arena, disparaban sus revólveres. ¡Ah, miserables! Diana sentía enardecerse su sangre al violento olor de la pólvora. Pero llevaban las de perder... Poco a poco, los hombres de su guardia morían, besando con sus cuerpos ensangrentados la sábana amarilla de la tierra.

A la joven se le agotaban las municiones. Gastón disparaba sus últimos cartuchos. No tendrían otro remedio que morir... Casi les rodeaban ya los jinetes del miserable que gritaban con estentóreas voces. Diana vió a poca

distancia un hombre repulsivo y moreno, cuya barbilla temblaba, agitada por un deseo salvaje. Sintió que iba a caer prisionera de este bárbaro. Y prefirió la muerte antes que la cautividad...



Diana y Gastón, sobre la arena, disparaban sus revólveres.

—¡Por Dios—rogó a Gastón—, no permita que me haga prisionera!... Reserve su última bala para mí...

—¡Oh, señorita!...

—¡Mate... Gastón... pronto!...

El criado, con el heroico sacrificio de los esclavos del deber, apuntó su revólver sobre la sien de aquella hermosa criatura, pero el balazo certero de un moro, cayendo sobre su pecho como una piedra caliente, le desplomó ensangrentado... Diana contempló horrorizada a Gastón, que parecía muerto. Quiso huir, pero no pudo; sus fuerzas la habían abandonado, y de pronto sintióse presa en los brazos de Omair que, envolviéndola en su albornoz, la llevó triunfante a su caballo, emprendiendo rápida carrera hacia su guarida.

Una hora más tarde, el caído Amed, desesperado, caminaba tristemente por los alrededores donde se había entablado la lucha. Había tomado la determinación de no ver nunca más a Diana, de dejarla partir para siempre. Acaso ella comenzara a amarlo, pero los consejos de Raúl, aticándole su proceder, le obligaban a devolverla a la civilización. Sentóse en la arena, y sus ojos distraídos descubrieron las palabras que había trazado la mano blanca de Diana:

Amed. Te amo.

Amed vaciló, con la sorpresa de la felicidad.

—¡Me ama— se dijo —, me ama y yo voy a dejarla partir! ¡Cuando he logrado conquistar su corazón, la abandono para que se case con ella alguno de los inútiles hombres de Europa! ¡Oh, insensato!... ¡Que proteste Raúl, que protesten todos los hombres de la tierra!

¡Si ella le amaba, Amed lucharía contra todo el mundo! ¡Antes fué la sospecha de que a Diana no le era él indiferente, ahora la certidumbre, la seguridad!

Iba a regresar a la tienda, cuando le pare-



...y de pronto sintióse presa en los brazos de Omair...

ció percibir un gemido. Esnechó, descubriendo a poco un hombre, caído tras un montículo de arena. Corrió hacia él. Era Gastón, su criado.

Sospechando que hubiera ocurrido algo terrible, preguntó:

—¡Gastón... Gastón!... ¡Qué ha pasado?... ¡Y Diana!...

El fiel sirviente levantó los ojos y balbuceó:
—Señor... Omair... la señora...

No pudo seguir. Le sobrevino un colapso.

Amed, enloquecido, temiendo que Diana hubiera sido víctima de las iras de aquel miserable Omair, corrió hacia su tienda.

—¡Han robado a Diana!—dijo a Raúl—. Ha sido Omair... Es necesario convocar inmediatamente a todos los jefes de tribu...

Algunos hombres acudieron a auxiliar a Gastón. Raúl diagnosticó que estaba grave, pero que se salvaría.

Aquella misma noche llegaron los refuerzos pedidos. Era un ejército ávido de venganza, bajo las órdenes del caid Amed-Ben-Hassan, admirado en todo el desierto.

—¡A la guarida de Omair, jinetes!! ¡Que Alé sea con nosotros!...

Y bajo la noche dormida, pasaban veloces por el desierto, aquellas legiones de bravos que se dirigían al asalto de la morada del cabecilla.

En la guarida del bandido Omair, Diana había sido trasladada a una de las tiendas, con centinelas a la vista. La muchacha, rendida por la emoción, había perdido el conocimiento. Al recobrarlo y darse cuenta de su cruel encierro, comenzó a gritar llamando a Amed con profunda desesperación.

Algunas esclavas negras se acercaron a la cautiva, pretendiendo vestirla con prendas orientales. Pero ella, huía, esquivaba el encuentro de aquellas horribles mujeres, mientras sollozaba con un gemido de niña:

—¡Amed... Amed... ven a salvarme!...

Viendo que no era posible vestirla, dos moros de corpulencia gigantesca se apoderaron de Diana, llevándola a una estancia donde se encontraba Omair.

—¡Marchaos todos!...—dijo el terrible bandido—. Que nadie entre aquí sin que yo le llame... Y tú, mujer blanca, levanta los ojos y mírame, que desde hoy serás la favorita de mi harén...

Y fué hacia ella... Diana quiso resistir, invocando a Dios, al Dios de los cristianos que es dueño y señor de los destinos de los hombres...

—Eres deliciosa, mujer blanca... No tenía mal gusto tu amigo Amed-Ben-Hassan. Pero ahora eres mía...

Los hombres del caid Amed llegaban ya, como una furiosa avalancha. Comenzó una lucha cruel y terrible entre gentes de una misma raza. Caían segadas las cabezas bajo el golpe certero de las cuchillas; los caballos aplastaban con sus cascos de hierro los pechos de los caídos.

¡La justicia triunfaba! Los hombres del Caid rendían la resistencia de aquellos fescos criminales. Amed iba de tienda en tienda, buscando a la amada que el otro le quiso arrebatarse. Se abrió paso a tiros de su revólver y era

como un dios sagrado, aureolado por la belleza del combate.

Le pareció oír gritos en uno de los pabellones, y, dando muerte a los que custodiaban la entrada, penetró en la estancia donde Omaid, ajeno a cuanto no fuera aquella mujer que tenía cerca, procuraba besar los labios rojos y palpitantes de Diana.

—¡Omaid—gritó Amed—, por fin eres mío! ¡Por fin te di caza!... ¡Quieres a Diana? ¡Ven por ella, miserable!...

Diana quiso dirigirse a su salvador, pero Omaid la apartó a un lado.

—Esta mujer es mía, y no lo impedirán ni tú, ni tu manada de cobardes...

—¡Gánala si la quieres, vill!...

Los dos moros se entrelazaron en una lucha atroz y salvaje. Las guntias que esgrimían brillaban como cintas de plata. En la propia estancia, los restos derrotados del ejército de Omaid, morían segados por la fuerza de las huestes del Caid.

—¡Ten, miserable!—exclamó el Caid clavando su guntia hasta el corazón del adversario.

El bandido se desplomó sin vida. Pero al propio tiempo, Amed, con un hilo de sangre que le pendía de la boca, intensamente pálido, cayó desvanecido. Parecía que la muerte había hecho presa en su cuerpo. Diana corrió hacia él, loca de terror, mientras los soldados del Caid daban muerte al moro que había herido con su bala traidora al poderoso jefe.

—Amed... Amed...—suspiraba junto al héroe—. No responde... Parece muerto...

Los árabes acudieron en socorro de su Caid, transportándolo a una litera.

—¿Es que está moribundo?—preguntó desesperada.

—Alá hará su voluntad. Tenemos que llevarnoslo de aquí.

Y meditando, viendo que tan cara les había costado la jornada, transportaron al Caid hacia el campamento, mientras Diana, junto a él, sollozaba y pedía a Dios que "devolviera la salud al hombre que era su primer amor"...



También los árabes, ante la tienda donde sufría el caid Amed, imploraban la misericordia de Alá para su gran jefe.

Amed no había recobrado todavía el conocimiento. Junto a él, el doctor Hubert le prodigaba los cuidados de la ciencia. Diana, pálida y temblorosa, tenía siempre una pregunta en los labios:

—¿Vivirá, doctor?

—Duerme... Todavía hay esperanza...

A la vista de aquel hombre en peligro de muerte, Diana comprendió cuán intenso era el amor que sentía por él. Acarició sus manos largas y finas, mientras exclamaba:

—Tiene las manos más grandes que la generalidad de los árabes.

Raúl guardó un momento de silencio y luego, mirándola fijamente, dijo:

—Voy a descubrirle la vida de Amed... No es árabe... Su padre fué inglés... su madre española...

Y ante la sorpresa de Diana, comenzó a contar la historia del Caíd.

—Hace veinticinco años, el viejo caíd Ben Hassan encontró a los padres de Amed, abandonados, en el desierto, por la escolta que les acompañaba... Bajo la tienda, el padre estaba muerto y la madre murió a poco de haber entregado su hijo a Ben Hassan. Criado como un árabe, su padre adoptivo mandó al joven Amed a París, a un colegio, y a la muerte del Caíd, regresó al desierto para regir su tribu...

Calló el novelista. Amed seguía reposando bajo el ardor de la fiebre. Diana, estremecida por aquella declaración, respondió:

—¿Rogad a Dios, amigo mío, que le salve la

vida! ¡Si Él quisiera aceptar mi vida a cambio de la suya!

Raúl suspiró al escuchar estas palabras que hablaban del cambio operado en el corazón de aquella mujer.

Amed pareció moverse y sus ojos se abrieron a la luz tímida del amanecer. Raúl le reconoció y dijo a Diana:

—Está mejor. Le salvaremos...

Amed, lentamente, envolvió con su mirada acariciadora a la mujer inglesa, y sus labios murmuraron, como un suspiro:

—¡Diana!... ¡Amor mío!...

—¡Amed!... ¡Amed!... ¡Te adoro!...

Y sus manos se estrecharon y brilló en sus ojos la luz triunfante del amor...

El médico retiróse de la estancia, dejando a los amantes solos, para que saborearan aquel retorno a la vida...

Y allí, en el desierto, los árabes, besando la tierra, saludaban al nuevo sol que asomaba su disco como para sonreír al esplendente amor que nacía...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO



La magnífica novela

MADAME SANS-GÊNE

PROTAGONISTAS:

GLORIA SWANSON

Y

CHARLES DE ROCHE

SUPERPRODUCCIÓN
PARAMOUNT

Maravillosas vistas de los históricos palacios de Fontainebleau y Compiègne.

ALARDE DE BUEN GUSTO



¡UN VERDADERO ACONTECIMIENTO!

El éxito que obtiene la nueva publicación

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

es lógico, pues en ella se da a conocer al público la vida íntima de los artistas favoritos
: : de la pantalla : :

PORTADA A VARIOS COLORES
Precio con postal del mismo artista: 85 céntimos

Si no lo ha comprado usted todavía, no deje de adquirir, en cualquier quiosco o librería, el número anterior de Los Grandes Films.

EL TRONO VACANTE

por ALICE TERRY, LEWIS STONE, JOHN BOWERS, etc.
Esmerada presentación ¡Véalo usted!

LA REVISTA QUE USTED PREFERIRÁ

? ? ? ?

EDITADA POR
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los Escuñigos de la Mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El Milagro de los Lobos. — ¡¡París!! — Venganza de mujer

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómulo. — Junice Meredith. — El Fantasma de la Opera. — El Trono Vacante

EL CAID

Precio: 50 Cts.

